

EL
CIENTO
EMANAL

UN MILAGRO EN LOURDES

POR
AUGUSTO MARTINEZ
OLMEDELLA

30 cent.

Disponible en
la
Biblioteca

Ayuntamiento de Madrid

El Cuento Semanal

SE PUBLICA LOS VIERNES

2021

OFICINAS: Fuencarral, Núm. 90.—MADRID

Apartado de Correos 409.

Director literario: EMILIO CARRERE

AÑO V. — 30 de Junio de 1911. — NUM. 235

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias: Trimestre, 3,50 pesetas.
Semestre, 6,50 pesetas. Año, 12. Extranjero: Semestre
10 pesetas. Año, 18.

Anuncios á precios convencionales.

Número suelto: 30 céntimos.

A nuestros lectores

En nuestro número del día 16 del actual anunciamos, entre la de otros ilustres escritores, la colaboración de Jacinto Benavente. A ello teníamos perfecto derecho, por haber dicho escritor convenido con el director de EL CUENTO SEMANAL escribir cuatro cuentos al año, estipulando precio cuyo pago se haría adelantado, y entregar el primero en un brevísimo plazo. En los convenios entre hombres de honor, huelgan los compromisos firmados; la mayor solemnidad la presta la palabra caballerosa.

El Sr. Benavente no estima gran cosa, por lo visto, el decoro de su palabra, al escribir á *Los Contemporáneos* que nosotros sabíamos bien que no podíamos anunciar original suyo.

Nos creíamos autorizados á ello, fiando en la buena fe de su promesa. Sentimos no poder publicar el original prometido, por causa de una de las flaquezas de este grande hombre.

JOYERÍA Y PLATERÍA

DE

SALCEDO

11, MONTERA, 11

Casa preferida por la variedad de alhajas, verdaderos caprichos para regalos y por lo económico de sus precios.

UNA HERMOSA

y abundante cabellera se tendrá siempre usando
el RON QUINA ABROTANO MACHO

DEPÓSITO EN MADRID

PERFUMERÍA SALVANY

7. FUENCARRAL, 7

PERFUMERÍA "IDEAL BOUQUET,"

Gran surtido en perfumería nacional y extranjera

ÚLTIMAS NOVEDADES

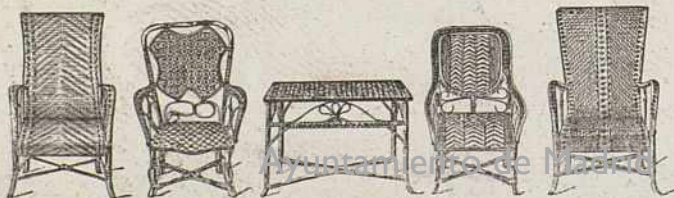
Especialidad en la fabricación de Aguas de Colonia.

Tipos: Ambarada y Violeta, 6,50 ptas. litro; Azahar y
Lilas, 5,50; Hierba luisa, 4 ptas; Odoria, 2,50

Polvos de arroz FÉMINA, especiales para cutis
delicados

CALLE DEL PRÍNCIPE, 3 - MADRID - CALLE DEL PRÍNCIPE, 3

Gran fábrica de muebles de junco esmaltado



DE MARIANO V. GARCÍA

CALLE DE VERGARA, NÚMERO 1

(frente al Real) MADRID



UN MILAGRO EN LOURDES

I

En la estación de Pau quedaron muchos viajeros. Dos recién casados, españoles, á quienes Adela recordaba haber visto días antes en Bayona, descendieron del vagón, sonrientes, para proseguir en la bella residencia su luna de miel; bajó primero el marido, con el impermeable al brazo, y ayudó á su joven esposa, que había cruzado ante Adela, despidiéndose con leve inclinación de cabeza de su compañera de viaje. Adela se asomó á la ventanilla para seguir con la mirada al feliz matrimonio, que pronto se confundió entre la multitud, en el tráfago de la estación, en pleno auge de movimiento. Casi todos los viajeros que allí quedaban, iban exentos de equipaje: sin duda, instalados en Biarritz, en Guejary ó en San Juan de Luz, hacían la excursión á Pau para regresar poco después, acaso en el mismo día, á sus respectivos alojamientos. Adela suspiró contemplando aquel regocijado desfile: ¡todos alegres!, ¡todos dichosos!—Un mozo, fornido, fué cerrando las portezuelas, mientras gritaba:

—Au voiture, s'il vous plait!

Se oyó una bocina, cuyo sonido destemplado recordaba el de los pitos de verbena matritense. El convoy se puso en movimiento. Adela recreó su vista contemplando el espectáculo pintoresco de la bella urbe, coronada por el histórico castillo en que, siglos atrás, naciera aquel monarca escéptico y zumbón, que, con tal de reinar en París, no tuvo inconveniente en oír una misa. Un frescor húmedo—el aliento del golfo de Gasuña, transmitido por las linfas del Gave y del Ossau—oreó el ambiente que un sol ardoroso calcinaba. Fué desfilando el panorama de la población, con sus grandes hoteles y sus pintorescas villas. En el paso á nivel de la carretera aguardaban el tránsito del ferrocarril para reanudar su caminata numerosos vehículos: automóvi-

les polvorientos, motocicletas vertiginosas, landós reposados, cuyos cocheros, vestidos de rojo y negro, encasquetada la ridícula chistera de charol, no tenían que esforzarse mucho para contener los ímpetus de sus cabalgaduras. Resurgió la campaña poética, gratamente olorosa á manzanas y aromáticas hierbas. De vez en vez, como fea nota de contraste—¡oh, el ruin mercantilismo maculando la paz geórgica de la Naturaleza!—, levantábase sobre el césped un cartelón que anunciaba selectas galletas, exquisitos chocolates, confortables hoteles. Adela contemplaba el paisaje, absorta, extática. Súbito, como despertando de un sueño, consultó la guía, que extrajo del cabas. ¡Dios mío! La estación inmediata era ya Lourdes, y ella estaba como si tal cosa... Se afianzó el sombrero, rectificando la colocación de los agujones: bajó el velo, que antes había prendido en el ala para no enturbiar la vista, y recogió su abrigo y el de Paulina, que reposaba en el ángulo opuesto del vagón, rebujada en la manta... Habría que despertarla, para doblar el *plaid* y sujetarlo con las correas...

Adela contempló á su prima un breve espacio sin atreverse á interrumpir su sueño. ¡Pobre Paulina! El óvalo de su rostro, pálido, exangüe, parecía aún más blanco, en contraste con el negro vestido. La nariz se afilaba hipocráticamente; una red de venas azuladas recorría las sienes y parte de las flácidas mejillas; los ojos, cerrados, sepultábanse en las fosas orbitarias, circundadas de profundas ojeras. No se advertía el ritmo de la respiración; ningún movimiento alteraba la quietud de la durmiente, á no ser el levemente oscilatorio impreso por la marcha del vehículo. El *plaid*, á grandes cuadros escoceses, cubría las piernas de Paulina, cuyas manos, cruzadas sobre la manta, completaban la desoladora impresión de su aspecto: manos descarnadas, manos huesosas, manos de muerta.

Un estremecimiento crispó á Adela contemplando á su prima. ¡Dios mío! ¡Si hubiese muerto! Y recordó haber oído referir los casos de peregrinos que, obsesionados por su fervor, hallan la muerte antes de lograr la satisfacción de sus místicos anhelos, por haberse puesto en camino en malas condiciones, exhaustos de fuerzas para soportar las molestias del viaje.

Ni aun se atrevía á despertar á Paulina, temerosa de algo horrible. Habían quedado las dos solas en el departamento, y una extraña pavora invadió á Adela. Dejándose dominar por la insana alucinación, hubo un momento en que extendió la mano hacia el aparato de alarma, poseída de pánico indescriptible. Por fortuna, Paulina dió un suspiro en aquel instante, y sus manos, huesosas, descarnadas, esqueléticas, se movieron, cambiando de postura. Adela se tranquilizó. Realmente era una fonta al haber tenido tan pueriles temores. Paulina no estaba enferma á tal extremo.

Cierto, sí, que la pobre no estaba buena. Siempre, desde muy niña, vivió enclenque, dengosilla, debilucha. Su familia y los médicos barruntaban serios trastornos al llegar la edad crítica, el tránsito de niña á mujer. Sin embargo, con sorpresa y satisfacción de todos, salió triunfante, y aun pareció robustecerse. Sus mejillas se colorearon, su cuerpo se redondeó bellamente, su rostro adquirió la alegre expresión que da la salud, fuente suprema de regocijo y bienandanza. Al cumplir veinte años, su alma se abrió al amor: Gabriel Novoa, joven pintor de porvenir brillante, la brindó su cariño, siendo aceptado por ella. Un horizonte de dicha parecía cernirse sobre los venturosos amantes, si la fatalidad no hubiese dispuesto las cosas de otro modo. La madre de Paulina enfermó súbitamente, y, á despecho de su robustez y de lo poco avanzado de su edad, murió en breve lapso. No tardó en acompañarla en el viaje de ultratumba su marido, con esa extraña solidaridad para la muerte que suele ser patrimonio de los cónyuges bien avenidos. En menos de medio año, Paulina quedó huérfana y sola, exenta de afecciones, ya que sobrada de bienes materiales, toda vez que la fortuna de sus padres, que recibió íntegra, sin merma de legados ni donaciones, era considerable. Estaba á la sazón Gabriel en Italia, pensionado para ultimar sus estudios pictóricos en la patria del Arte: ni aun el consuelo de refugiarse en el cariño de su novio cupo á Paulina, que lloró su orfandad sola, sin que un corazón propíncuo compartiese su duelo. La pena, la tensión nerviosa, los desvelos y sinsabores, produjeron su fruto: Paulina enfermó seriamente. Una nebre lenta la consumió durante varios meses, sin ceder á ninguno de los remedios empleados para combatirla. Por momentos se la vió enflaquecer, depauperarse, consumirse. Su floreciente belleza sufrió tremendo menoscabo. Empalidecieron las antes rosadas mejillas; alargóse en demasía el óvalo gracioso del ros-

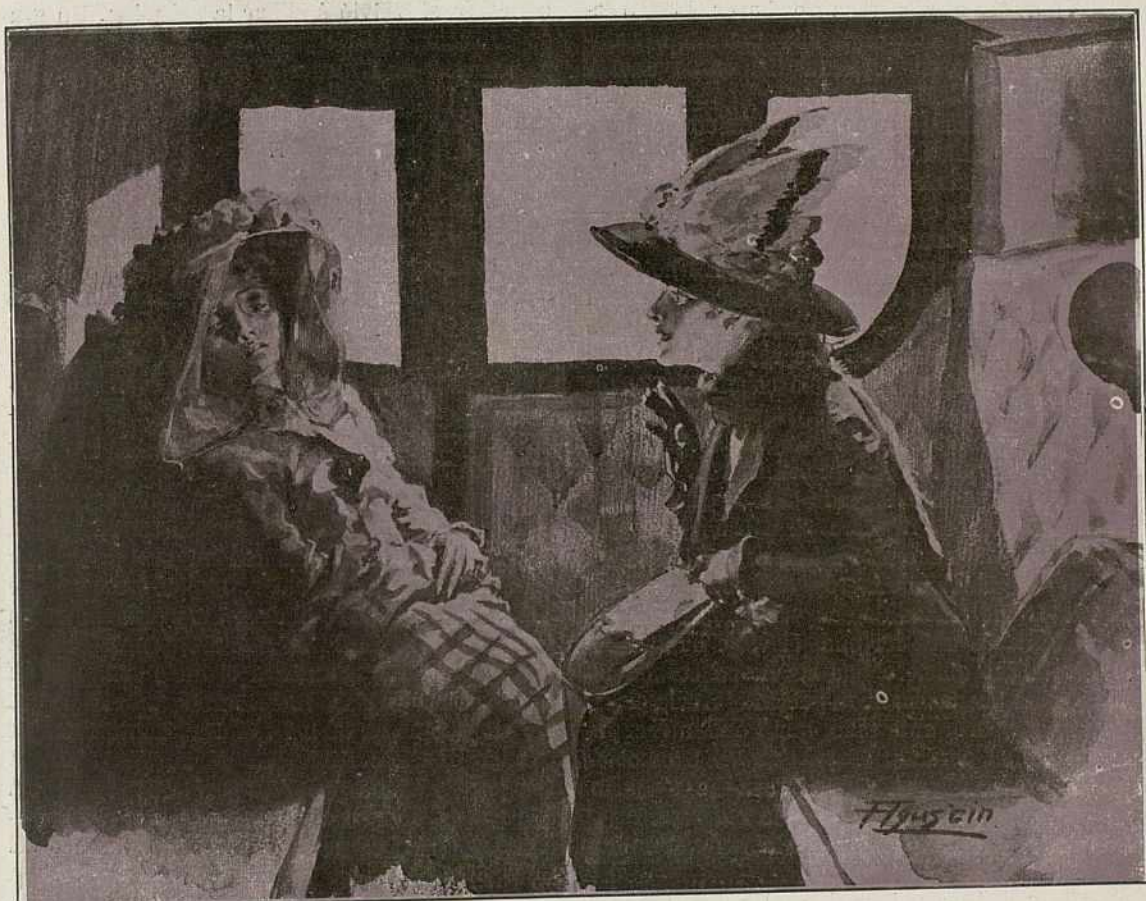
tro; huesos y flacideces sustituyeron á las antiguas turgencias adorables. Trocóse fea, en una palabra.

Viendo que la situación se prolongaba, Paulina escribió á Adela, su lejana pariente, que allá en su rincón provincial, vegetaba también triste y sola. Eran de una misma edad, con leve diferencia: aunque de tarde en tarde, habíanse tratado, en temporadas que Paulina pasó con sus padres en Zeaba, la ciudad natal de Adela, quien á su vez convivió en Madrid algunos lapsos con su prima. Queríanse sinceramente, y la semejanza de su desdicha las atrajo aún más. Con alma y vida acudió Adela al llamamiento de la doliente, muy satisfecha ante la idea de contribuir á su alivio, alegre también al abandonar el encierro pueblerino, tanto más odioso, cuanto que en él se veía abandonada y menospreciada en su orfandad por los mismos que procuraron halagarla y enaltecerla en el antaño venturoso—cuando vivía su padre, persona de viso en la provincia, que murió sin dejar cuantiosas rentas que permitiesen á su hija sostenerse en el mismo rango á que él la tuvo acostumbrada. Con una pensión efímera vivió Adela hasta que la decisión de Paulina, llamándola á su lado, hizo cambiar para ella la situación radicalmente. Cuidó á su prima con fervor fraterno: noches enteras pasó en acuciosa vigilia, desdénando su descanso, en un sublime olvido de sí misma. Y es lo cierto que Paulina mejoró de un modo rápido. No tanto los desvelos materiales hubieron de influir en su alivio, como la idea de verse acompañada por persona entrañable, que libertase su soledad del desamor incenariario de criadas y entrometidas que la explotaban sin afecto. Adela se instituyó en enfermera, en ama de llaves, en madre, en amiga. Imposible mayor abnegación, mayor afecto. Un día, Paulina se encontró notoriamente aliviada: y los músculos de su rostro contrajéronse con el rictus de una sonrisa, después de mucho tiempo de no adoptar sino muecas de llanto. Estaba salvada. La fiebre pertinaz fué cediendo; las funciones digestivas comenzaron á normalizarse; el médico habló de la posibilidad de abandonar el lecho durante algunas horas... Volvió la salud al organismo de Paulina; pero tímidamente, con recelo, como si barruntase no permanecer mucho tiempo en la frágil envoltura que la fiebre había casi devorado. Complementando la obra demoleadora de la enfermedad, vino la anemia, traidora y solapada, que destruye sin ruido, arteramente, en un odioso trabajo de zapa. En vano se ensayaron cien procedimientos para combatir al enemigo alevé: Paulina siguió pálida, demacrada, débil. No padecía enfermedad aguda, pero distaba mucho de estar buena.

Cuando el restablecimiento se iniciaba, regresó á España Gabriel Novoa, terminado el plazo de su pensión. Venía satisfecho, pletórico de orgullo legítimo. Su obra de pensionado había merecido unánimes elogios, que le indujeron á enviar el

cuadro á París, para exhibirlo en el inmediato Salón. Era un lienzo de gran tamaño, que titulábase *Las bodas del Adriático*. En las aguas del gran canal de Venecia, ya en las cercanías del Lido, numerosas góndolas presenciaban el acto simbólico de las nupcias del Dux con el mar, arrojando desde el Bucentauro, la góndola ducal, el áureo anillo de los desposorios. Era una ma-

tuna de ella, sabría llegar muy lejos. Mil veces proyectaron la risueña perspectiva: vivirían en París, ambiente adecuado para un cultivador del Arte en grande escala. Allí conquistaría renombre, sin mancharse con la ominosa bohemia, gracias al caudal saneado de Paulina; después, cuando la hora del triunfo hubiese llegado, las ganancias conseguidas por sus pinceles compensarían



ravilla de composición, de dibujo, de colorido. El joven artista se revelaba como un maestro.

Paulina compartía los entusiasmos de Gabriel; pero, ¡estaba tan enferma! A duras penas pudo ir en carruaje á ver el cuadro, antes de ser embalsamado para París. Muy hermoso, digno del talento de su autor, que agradeció los elogios dirigiendo á Paulina una mirada de cariño, en la que quizá hubiese un algo de conmiseración al verla tan enferma, tan otra de como él la dejara... Sin embargo, no se advertía disminución en su afecto; Paulina, que temía en él un desencanto al ver truncada la belleza que dejó, pudo enorgullecerse de la conducta de su novio. «No es tu cuerpo, es tu espíritu lo que yo adoro en ti»—decía Gabriel, contestando á las suspicacias de ella. Y Paulina, arrebatada, sonreía, añorando el instante en que, repuesta del todo, pudiese unirse al hombre á quien amaba y del cual sabíase tan querida. ¡Oh, entonces! Un porvenir de gloria y de ventura les aguardaba. El genio de él, secundado por la for-

el anticipo conyugal. ¡Serían ricos, muy ricos! Entonces regresarían á España, construyendo un palacio suntuoso, templo del Arte y del Amor, en el que encerrarían su felicidad, cada día más grande...

Peró la mejoría no se consolidaba. Pasó el invierno y vino la primavera, sin que las auras embalsamadas de Abril trajesen á la enferma la salud perdida. No se acentuaba el mal, pero tampoco se lograba extirpar la anemia. Siempre pálida, siempre demacrada, siempre débil. Al iniciarse el estío, fué á Cercedilla, con ánimo de pasar allí hasta el otoño, respirando los azoados aires de la sierra. Gabriel quedó en Madrid, trabajando febrilmente en un nuevo cuadro, sin desmayar por el fracaso de su lienzo en París, que no obtuvo, por falta de influencias, el galardón merecido. Paulina y Adela instaláronse en una linda villa, sobre el monte, dominando la pintoresca región, viendo pasar á sus pies constantemente los trenes que conducían hacia el Cantábrico la inacabable

peregrinación de veraneantes. En un principio, pareció mejorar; mas pronto quedó nuevamente estacionada. Y fué en Agosto cuando una mañana, al tomar el desayuno, dijo Paulina:

—¿Sabes, Adela, lo que he soñado esta noche? Que iba á Lourdes, y la Virgen me curaba...

Adela no pudo ser más explícita.

—Pues vamos á Lourdes. Quién sabe si será un aviso del cielo.

Dos días después partían. Por hacer el largo recorrido menos incómodo para la enferma, descansaron en Burgos, en San Sebastián, en Bayona. A pesar de las molestias inherentes al viaje, Paulina no empeoraba; lejos de ello, decía encontrarse mejor, ante la idea de su completa curación, que consideraba indudable. Un resplandor de vidente brillaba en sus ojos. «¡La Virgen me curará!»—repetía con frecuencia. Aún tuvo ánimos, en los breves lapsos de parada, para salir del hotel algún rato, y visitó la catedral burgalesa, y fué al monte Ula en la ciudad easonense, y recorrió en Bayona sin gran fatiga los vastos almacenes en que la rutina y la fantasía españolas, hábilmente explotadas por el mercantilismo francés, creen hallar adquisiciones estupendamente ventajosas. Hasta se compró un sombrero y un abrigo de nutria; encantada ante la idea de ponérselo al trasponer la frontera para lesionar impunemente los intereses del erario español, burlando á los cándidos aduaneros, que consideran lógico el desfilé de las damas vestidas de piel en plena canícula. Por fortuna, el viaje había sido feliz. ¡Si Dios quisiera que se viesen coronadas por el éxito las ansias de la paciente! Adela cruzó las manos y oró: ante todo, que Paulina recuperase la salud perdida; luego, que las tribulaciones propias hallasen alivio, cosa—¡ay!—harto más difícil que la curación de la enferma...

La locomotora silbó estridentemente. Paulina despertó.

—¿Tú ves? Parece increíble... He dormido mejor que en la cama... ¿Estando cerca?

—Llegamos de un momento á otro.

Paulina recreó la mirada contemplando el paisaje bellísimo. De pronto lanzó una exclamación jubilosa.

—¡Oh, Adela, mira, mira!...

Ante sus ojos ofrecíase un maravilloso espectáculo. Había comenzado á anochecer. Sobre el fondo sombrío de la montaña destacábase el santuario, resplandeciente como una oriflama, pintoresco como un peñasco de Navidad. La gruta, profusamente iluminada por centenares de lámparas incandescentes, no muy brillantes aún, en la penumbra del crepúsculo vespertino; encima, grácil y blanca, la Basílica, con sus torres puntiagudas, preces de piedra dirigidas al cielo; el vetusto castillo señorial, ennegrecido y maltrecho, emblema de los bienes terrenales anonadados en su pugna con la Fe; y en torno, el poblado de Lourdes, que así, en lontananza, ofrecía un aspecto risueño, entre la ciclópea perspectiva de los montes circundadores del recinto, por

el cual serpea, plácido y caudaloso, el poético Gave...

Las dos mujeres cayeron de hinojos. Fervientes oraciones surgieron de su espíritu. ¡La salud perdida! ¡La felicidad truncada! ¡Virgen de Lourdes, acorre á tus siervas!

Súbito, la bella visión desaparece: ocúltala un accidente del terreno. A duras penas pudo recoger Adela el *plaid*, que arrastraba, liándolo en las correas. Volvió á silbar la máquina. Un grupo de casas; el Orfelinato de María Inmaculada; la estación de Lourdes.

II

Una nube de viajeros se abalanzó á los coches del tren que acababa de llegar: eran peregrinos que, habiendo realizado su piadosa misión, apresurábanse á emprender el viaje de retorno á sus hogares. Trabajosamente, con ayuda de un *porteur* que acudió solícito, pudieron descender de su departamento las dos mujeres, contrarrestando la impaciente avalancha. Atravesaron el andén, y subieron á un ómnibus que había de conducir las al hostal.

Riente y populosa se les ofreció la población: carruajes, tranvías, peatones innúmeros... En la plaza, varios comercios abrían sus puertas, y en las mesas de los cafés, implantadas al aire libre, muchos consumidores disfrutaban de la agradable temperatura. Entraron en la calle de la Gruta, donde acentuábase el movimiento: á un lado y otro, fondas, hospederías, hoteles; todas las plantas bajas de los edificios, son tiendas en que se expende profusión de barajitas con la imagen veneranda; puestos portátiles interceptan el paso en las aceras; tranvías que suben y bajan pueblan el aire con el incesante tintineo del timbre de aviso.

El ómnibus se detuvo ante el hotel, vasto edificio tétrico, para llegar al cual fué necesario trasponer la verja circundadora de un jardín poéticamente sombrío. Después de asearse, las dos primas se asomaron á los balcones de la habitación que les fué destinada: uno de ellos, sobre la calle de la Gruta, daba frente á un Hospital, en cuyo pórtico apiñábanse numerosos carrillos de mano para la conducción de enfermos; el otro balcón dominaba el jardín, á cuyo extremo divisábanse las linfas plateadas del Gave. Allá, sobre una altura, en lontananza, el convento del Sagrado Corazón se destacaba silente y misterioso.

—¿Qué triste es todo aquí, Paulina! ¿No sientes el corazón encogido? ¿No te acometen deseos de llorar?

—Es muy triste, pero muy hermoso; yo tengo el presentimiento de que la Virgen ha de oír mis preces. ¿No es verdad que volveré curada por completo? ¿No crees tú que Gabriel volverá á encontrarme bonita, como antes?

—Así es de esperar que suceda. Bien sabe Dios

que lo deseo tanto como tú, y que lo pediré á la Virgen con fervor igual, por lo menos, al tuyo.

Había anochecido casi por completo. En la quietud de la umbría resonaba, amortiguado por la distancia, el rumor del Gave deslizándose parsimonioso.

Una campana llamó al refectorio. Adela y Paulina comieron frugalmente. Después, la enferma, rendida á las molestias del viaje, se acostó. Adela no mostraba intención de desnudarse.

—¿No te acuestas, Adela?

—No... Si no me necesitas para nada, quisiera ir á la Gruta, para rezar á la Virgen.

—¿Sin aguardar á mañana?

—¿Para qué retrasarlo? No tengo sueño: si me acostase, de seguro me desvelaría. Pero si te hiciese falta...

—No, ninguna. Pienso dormir mejor que nunca. Siento una placidez, un sosiego... Creo que estoy más aliviada, sólo por haber venido... Mira, lo mejor es que te llesves la llave: así me dormiré más tranquila.

Salió Adela. La calle estaba aún más animada que al anochecer. Subían y bajaban los tranvías tintineando. Las tiendas de baratijas, iluminadas profusamente, mostrábanse pletóricas de imágenes, medallas, rosarios, cromos. A la puerta de un local de espectáculos, un hombrón vociferaba, secundando la persistencia de un timbre eléctrico:

—Au gran cinema Pathé Frères!

También se divertían los peregrinos, por lo visto. Numeroso público, entre el cual había muchos sacerdotes, iba penetrando en el templo de la película. De vez en vez, vendedores de vainilla ofrecían á Adela el aromático producto:

—A la bonne vanille!

Mientras, muchas mujeres expendían velas de diferentes tamaños:

—Les flambeaux! Les flambeaux!

Todos los transeuntes llevaban sendas velas. Adela adquirió una, y siguió avanzando, calle abajo, en pos de los peatones, muy numerosos. No quiso tomar el tranvía, encontrando más agradable la caminata á pie, en medio de la profusa luminaria de los comercios, que daba á la población un aspecto risuero de ciudad en fiestas. No era Lourdes, ciertamente, tan lóbrego como Adela se lo imaginara.

Había atravesado el puente sobre el Gave. Las aguas negruzcas iban murmurando sordamente su canturía monótona. Del lado de allá, en una plazoleta donde la línea del tranvía tiene fin, concluye la calle de la Gruta, y con ella la profusión de luces, de tiendas, de ruidos. Abrese á la derecha un amplio paseo descendente, envuelto en las tinieblas. Por allí se sumía la muchedumbre: cada cual encendía su «flambeau», no sólo para contrarrestar la obscuridad, sino por encontrarse en el recinto sagrado. Adela encendió el suyo en el de una anciana peregrina que había próxima, y fué descendiendo camino abajo, no

sin evocar, inconsciente, los versos del vate florentino:

Per me si va tra la città dolente;
per me si va tra l'eterno dolore...

Después de recordarlos, sintió escrúpulos de conciencia. Dante los puso á la puerta del infierno, y ella los evocaba al penetrar en lugares bien distintos. Pero, ¡estaba aquello tan obscuro, tan medroso! Para paliar el involuntario pensamiento nefando, oró mentalmente con atrición profunda, mientras caminaba.

Voces próximas la distrajerón.

—Attention! Attention!

Arrastrados por forzudos camilleros, subían varios carritos con enfermos, que sin duda tornaban de hacer oración ante la Virgen. Adela y los demás peregrinos se apartaron, abriendo paso al triste convoy. Dos señoras paralíticas... Un hombre, en plena juventud, con el rostro abotagado por la imbecilidad... Una madre, llevando en el regazo á su hija, con el cráneo espantosamente deformado por una hidrocefalia horrible... Colgaban las piernecitas de la niña, bamboleándose con el vaivén de la marcha; el cuerpecillo desmedrado, raquítico, formaba doloroso contraste con la cabeza teratológica, enorme, en la cual se abría arbitrariamente el orificio de la boca, mientras giraban en las órbitas, asimétricos é inexpressivos, los ojos del monstruo... ¡Qué horror! Adela estremeciése, compadeciendo á la madre infeliz. ¿Llegaría el poder de la Virgen al extremo de hacer viable á aquel pobre ser deforme, para el cual la existencia sería una carga odiosa?

Cuando parecía terminar la hilera de carritos, oyóse otra voz, avisando:

—Attention! Attention!

Entré cuatro hombres conducían un gran cesto de mimbres, cuidadosamente cubierto, dentro del cual, sin duda, algún enfermo ocultaba sus dolores. ¿Qué pingajo humano yacería allí? ¿A qué extremos de sufrimiento y de angustia habría llegado para serle insuficientes el carrito y la camilla? ¿Era un agonizante tal vez, vestido ya con el sudario? ¿Una víctima de horribles males, quizá envuelta entre algodones, incapaz de sufrir contactos ni rozamientos en su piel ulcerada? ¡Ah, qué espanto! Adela no pudo contener un gesto de repulsión; de nuevo, las palabras del poeta surgieron en su memoria:

Per me si va tra la città dolente...

Habían desembocado en una vasta explanada. A la izquierda, elevábase la Basilica, hundida en sombras á la sazón. En el centro de la planicie, rodeada de macizos de flores, una imagen de la Virgen aparecía, coronada con potentes luces eléctricas. Grupos numerosos de peregrinos congregábanse en redor de la estatua central; cada grupo, dirigido por un sacerdote, iniciaba piadosos cánticos, que pronto fueron generalizándose hasta formar un coro estruendoso.



Seigneur, ayez pitié de nous
 Jésus-Christ, ayez pitié de nous
 Seigneur, ayez pitié de nous.
 Jésus-Christ, écoutez-nous.
 Jésus-Christ, exaucez-nous.

Lentamente los grupos iban poniéndose en marcha, guiados por los sacerdotes. Ante el pórtico de la Basílica, dos amplísimas rampas laterales conducían a la techumbre del templo, sobre la cual, grácil y bella, yérguese la iglesia del Rosario, cuya torre, terminada en finísima aguja, se perdía en la oscuridad nocturna. Los peregrinos, con los cirios empuñados, iban entrando en la rampa, sin cesar en sus cánticos atronadores. Adela los veía subir lentamente, como una medrosa procesión de ultratumba, iluminando el pórtico de la Basílica con la luz tremante de las velas; millares de voces fervorosas, gritaban los versículos de la letanía:

Notre-Dame de Lourdes,
 Vierge immaculée,
 qui guerissez les malades,
 priez pour nous!

Los grupos de la explanada parecían crecer por ensalmo; aumentaba el núcleo de peregrinos, como si brotasen de la tierra. La larga fila de cantores no tenía fin.

Notre-Dame de Lourdes,
 Vierge immaculée,
 qui rendez la vue aux aveugles,
 priez pour nous!

Ya la cabeza de la procesión fantástica había llegado a la cumbre del recorrido, y comenzaba a descender por la otra rampa, sin que disminuyese el número de congregados. La vasta explanada era insuficiente para contenerlos. Y todos, á una voz, proseguían su cántico:

Notre-Dame de Lourdes,
 Vierge immaculée,
 consolatrice des malheureux,
 priez pour nous!

Las dos rampas—ascendente y descendente—estaban llenas de peregrinos, cuyas flamas, en la oscuridad de la noche, formaban una enorme herradura luminosa. Seguían subiendo, subiendo, más y más fieles, como si aquella comitiva ultrahumana no hubiera de acabarse nunca. De vez en vez, hendía el aire un grito supremo, más enérgico, más fervoroso que los otros:

¡Ave, ave,
 ave María!...

Lejos de aquella baraúnda, mera observadora de tan emocionante espectáculo, Adela sentíase cohibida, anonadada. Un ahogo indescriptible le oprimía el pecho; dijérase que su corazón iba á estallar. Quiso rezar y no lo consiguió; sus labios se negaban á repetir las palabras de las oraciones, cuyo sentido parecía habersele borrado de la memoria. Por un esfuerzo de voluntad, logró corear tenuemente el grito supremo de los peregrinos:

¡Ave, ave,
 ave María!...

Las luces se movían sin cesar, produciendo mareos. Parecían una pléyade de fuegos fatuos puestos en actividad en virtud de sobrenatural impulso. Y en tanto, allá arriba, frente á Adela, en medio del firmamento, una cruz luminosa presidía la ceremonia. ¿Quién clavó en la altura la enseña del Crucificado? ¿En virtud de qué prodigio resplandecía entre las nubes el lábaro glorioso? ¿Era aquello ya un anticipo de la vida ultraterrena, del más allá reservado á los que abandonan este valle de lágrimas? ¿El mismo hijo de Dios, espontáneamente, se asomaba al Empíreo para fortalecer á sus fieles con su presencia?

Adela no pudo más. Sintióse invadida por un ansia infinita de llorar, de sumirse en la nada, de trocarse en piedra para que todos la hollasen, de sufrir en holocausto de la Divinidad enaltecida. Cayó de hinojos, implorante, gemebunda:

—¡Oh, Virgen mía, Madre de los desamparados, no me abandones! ¡Mátame, por piedad, si no he de ser nunca dichosa!...

Largo rato lloró, aronadada. La procesión continuaba, inacabable. Las preces hendían el aire, atronándolo:

¡Ave, ave,
ave María!...

III

Una voz próxima la sacó de su éxtasis. Ante ella, sombrero en mano, un caballero demandaba permiso para encender su flama en la de Adela.

—Permettez-moi allumer mon flambeau, s'il vous plait.

Ella accedió gustosa. La luz amarillenta de los cirios les dió de lleno á los dos en el rostro, motivando un grito de sorpresa simultáneo:

—¡Adela!

—¡Rogelio!

—¿Y Paulina?

—Relativamente aliviada. Ha querido venir para impetrar de la Virgen su curación total. En el hotel quedó, descansando; hemos llegado esta tarde.

—Yo llevo aquí cinco días... y es fácil que aún permanezca varios más.

—¿Y cómo usted por aquí... tan piadoso?

Adela sonreía tenuemente al hacer la pregunta. Rogelio sonrió también, un tanto confuso.

—¿Le extraña á usted mi actitud devota, no es verdad?

—Sí, lo confieso; me sorprende, claro es que agradablemente.

—Yo también estoy sorprendido, cuando pienso en ello. ¿Qué quiere usted? Creemos conocernos á nosotros mismos, nos sentimos fuertes, con robusteces espirituales insuperables, y, sin embargo, un soplo de misterio basta para anonadarnos.

Adela se había puesto de pie. Después de breve pausa, Rogelio inició sus confidencias.

—Ya recordará usted que mi madre murió el invierno último...

—¿No he de recordarlo? Mal me juzga usted si tan desmemoriada me supone para las desgracias que afectan á mis buenos amigos...

—Gracias, ya lo sé; lo dije por comenzar mi relato de algún modo. Una enfermedad lenta, implacable, puso á prueba su alma cristiana. Cuando la excesiva duración del padecimiento hacía temer el triste desenlace, me dijo que había hecho promesa de venir á Lourdes si curaba. Yo, sonrei, escéptico; y como solía padecer dolores



reumáticos, exclamé zumbonamente: «¡Bueno! Iremos á Lourdes; pero sería más eficaz un viajecito á Alhama...»

—Una frase digna de usted... en aquellos tiempos.

—Mi pobre madre lloró al oírme. «No, hijo mío; no sería más eficaz...» Pero no volvió á hablarme de su deseo. Murió poco después, y desde entonces sentí el deseo de hacer yo la peregrinación que la pobre muerta no pudo realizar. Claro está que al venir me impelia el recuerdo de mi madre, sin mezcla de otro sentimiento alguno: ¿para qué mentir? Yo era un descreído, un indiferente, pero cumplía un deber filial al emprender solo este viaje, ya que, por desdicha, no podía realizarlo en compañía de aquella santa que lo inició...

Rogelio se limpió una lágrima rebelde antes de proseguir su relato.

—Llegué la semana pasada, al anochecer del jueves. Mi primera visita al recinto sagrado coincidió con la de los peregrinos de París, que en número de setenta mil llegaron el mismo día. Mi emoción fué indescriptible. En un principio creía

encontrarme en un manicomio, cuyos huéspedes dedicasen sus ocios á estas prácticas religioso-filarmónicas. No tardé en sentirme subyugado por la grandiosidad indiscutible del espectáculo, á cuya eficacia, enérgicamente sugestiva, contribuye la habilísima disposición de este recinto, que parece trazado por un pintor escenógrafo, de acuerdo con un psicólogo profundo: la estatua de la Virgen, presidiendo las ceremonias litúrgicas con su corona flameante, que disipa las tinieblas; esas rampas dispuestas para que la procesión luminosa resalte más que si marchara por terreno llano; la salmodia entonada por millares de voces con entusiástico fervor; aquella cruz de fuego, que parece colocada por el más habilidoso de los sugestionadores... Todo, en fin, contribuyó á subyugarme. Ya no era un espectador impasible: era un peregrino más. Aquella noche recé, después de muchos años de no hacerlo. A la noche siguiente compré un cirio, y subí la rampa con todos los demás. Después, he aprendido las salmodias, y canto como ellos.

El grito supremo de los peregrinos interrumpió á Rogelio:

¡Ave, ave,
ave María!...

Adela dijo:

—Hace usted bien; la fe no estorba á nadie. Rogelio se encogió de hombros.

—No sé si es una fe sincera lo que me impulsa. Probablemente obedezco á la sugestión incontrastable del ambiente. Es muy posible que, al salir de aquí, resurja en mi alma el escéptico de antaño, y quede en Lourdes mi supuesta religiosidad, como si se hubiese disipado juntamente con el humo de mi flama.

—Dependerá de usted el que así sea. Persevere usted en el buen camino.

—Crea usted que lamentaré con toda mi alma el resurgimiento de mi espíritu volteriano, y que he de procurar que siga oculto, por lo menos. ¡Es muy agradable creer, para el que no tiene norte ni guía! Muerta mi madre, mi único afecto, necesito refugiarme en algo que me compense de la soledad en que vivo... Ya sabe usted que no es culpa mía si me veo tan solo; que no soy de los que se lamentan de su aislamiento sin haber procurado labrarse un hogar fecundo, una familia íntima en quien adorar...

Adela bajó los ojos, visiblemente molesta.

—Hay muchas mujeres en el mundo, Rogelio; entre ellas, ¡cuántas serían capaces de labrar la felicidad de usted, contribuyendo á la creación de ese nido que usted echa de menos!

—Ya sabe usted que no, Adela; para mí no hay más mujer que una... Las demás, como si no existieran.

Ella sonrió, un tanto halagada.

—Es usted demasiado constante...

—Bien á pesar mío, puede usted creerlo. Si en mí consistiera, desecharía esa pasión, que sólo disgustos me ha proporcionado. Hasta aho-

ra, no lo he conseguido. Pero el tiempo todo lo borra...

—No se deben perseguir los imposibles...

—Tiene usted razón; la mujer á quien yo quiero, es imposible para mí: lo sé. Y sé también la causa de que así sea...

—¿Qué causa?

—Muy sencilla: que ella persigue también otro imposible.

Adela quedó densamente pálida. El cirio se le cayó de la mano, apagándose con tenue chisporroteo contra el césped húmedo.

—¿Qué quiere usted decir, Rogelio?—musitó temblorosa.

—Lo que he dicho: que usted no puede querirme... porque quiere á otro.

—¡Ah! ¡No, Rogelio! ¡Qué disparate!

—Y ese otro es tan imposible para usted, por lo menos, como usted para mí.

—¡No, no, por Dios! ¿De dónde saca usted eso?

—Nadie me lo ha contado... Lo han visto mis ojos. Pero ¿es que cree usted que los que están enamorados como yo lo estoy no tienen el don de la doble vista? Yo lo tengo. ¡Tan claro como la luz del sol, he leído en los ojos de usted el amor hacia el otro!

—¡Por Dios, Rogelio!

—Sí, sí, Adela; ¿para qué seguir engañándonos? Estamos en la hora de la verdad. Lo que esta noche y en este sitio digamos, no lo repetiríamos, seguramente, á la luz del día, y en paraje diferente. ¡Usted es á enamorada de Gabriel Nôvoa, el novio de Paulina! Crea usted que la compadezco, Adela; debiera odiarla, y acaso la odié algún día, al verme despreciado; pero desde que me convencí de su tormento, la compasión sucedió al rencor en mi ánimo. ¡Es usted más desgraciada que yo, Adela! Yo, al menos, puedo desahogarme hablando de mi cariño, aunque sea usted quien me escuche; ¡usted, en cambio, no puede confiarse á nadie, y menos al ser amado: está privada de utilizar esta válvula de las confidencias, tan consoladora para el que sufre!

Adela suspiró.

—Tiene usted razón. ¿A qué negarlo? Es cierto. Perdóneme si le hice daño no correspondiendo á su cariño. Harto más que usted sufro yo.

Hubo una pausa. Los dos quedaron pensativos. Por la explanada seguía caminando la turba peregrina, subiendo la rampa, atronando el aire con su cántico sempiterno:

¡Ave, ave,
ave María!...

Rogelio fué quien habló primero.

—No somos los únicos que sufren, Adela...

—¿Qué quiere usted decir?

—Que hay también quien padece en la sombra, sin encontrar solución posible á su mal de amores...

—¿A quién se refiere usted, Rogelio?

Rogelio dudó antes de contestar. Al cabo, resolvióse.

—¡Bah! ¿Por qué ocultarlo? Ya he dicho antes que estamos en la hora de la verdad. No sé si haría mejor en callarme; ignoro si mi conducta es laudable ó malvada al hablar á usted como lo hago... Sea como quiera, yo no violo ningún secreto; lo que voy á decir lo sé por referencias...

—Siga usted, por Dios... Estoy en brasas.

—Pues bien: el que está en nuestro mismo caso, es...

—¿Quién?

—Gabriel Novoa.

—¿El novio de Paulina?

—El mismo.

—Y ¿á quién quiere, si no es á su novia?

—Pero ¿puede usted dudarle, Adela? ¿A quién ha de ser, sino á usted?

Adela sufrió un vahido; tuvo que recostarse en el tronco de un árbol para no caer desvanecida.

—¡Jesús me valga! ¿Qué dice usted?

—Digo la verdad... La verdad, que es mucho más lógica que la ficción que aparentamos creer todos... ¿Se ha mirado usted al espejo? ¡Tan hermosa, tan adorable! ¿Ha mirado usted á Paulina? ¡Esquelética, ojerosa, destrozada! Compare usted la enfermiza condición de ella con la exuberante vida de usted, y comprenderá que no hay lugar á duda. ¡La salud, por sí sola, es belleza! ¡La enfermedad repele, cohibe! Una enferma podrá inspirarnos piedad, cariño fraterno; amor, nunca! Si Raimundo Lulio sintió enfriarse su amoroso fuego al contemplar el pecho lacerado de su amada, lógico es que Gabriel Novoa haya sentido la más total de las desilusiones al volver de Italia y encontrarse á su novia, bella y saludable á su partida, trocada en esa ruin caricatura de sí misma á que la enfermedad la ha reducido... Gabriel no pudo seguir tributando á su novia el cariño de antes, y es muy humano que así fuese, porque el amor, por mucha que sea su espiritualidad, tiene su honda raigambre en la materia: habla al alma, pero reside en el cuerpo; es letra muerta sin el aspecto carnal que le hace ser halago de los sentidos... Gabriel dejó de querer á Paulina, y, empujado por la fuerza del contraste, la quiso á usted. Esto es todo.

Adela dejó escapar un grito del alma.

—¡Yo no hice nada porque así fuese! ¡Ante Dios, que nos oye, lo juro!

—Y yo lo creo. Como creo también que él no haría nada para enamorarse á usted, y, sin embargo, lo consiguió. Hay algo que está por encima de nuestros propósitos, que escapa á nuestra voluntad y á nuestras previsiones: ese algo—sea lo que sea, y llámese como se llame—les precipitó á ustedes uno contra otro...

Ella sollozó, cubriéndose el rostro con las manos.

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Somos infames sin quererlos!

Y en su llanto había una levadura de triunfo.

Rogelio prosiguió.

—Esta es la verdad... La sé por confidencias de Gabriel á un su amigo, á quien hace partícipe de sus vacilaciones, de sus dudas...

—¡Tremendas dudas, ciertamente!

—Sí, lo son, en efecto. Gabriel es un caballero, y no quiere cometer una canallada. Dejar á Paulina para pretenderla á usted, sería sencillamente monstruoso. Era, en primer lugar, convertirse en asesino de Paulina, que acaso no soportase la rudeza del golpe. Era, además, enorme falta



de delicadeza, emprender amores con persona tan allegada á la víctima...

—Verdad, Rogelio, mucha verdad. El conflicto es enorme.

—Además... ¿por qué no decirlo todo? Hay otra cosa que tiene á Gabriel perplejo...

—¿Otra cosa?

—Sí... Y de índole bien distinta, á fe. Harto más baja, más rastrera... Muy humana también, eso sí: que de ángel y de bestia estamos hechos los mortales...

—Hable usted, Rogelio.

—Usted conoce los artísticos anhelos de Gabriel.

—Los conozco, y los comparto; tiene aspiraciones justísimas de llegar muy lejos.

—Pero, hoy por hoy, no tiene más que esas aspiraciones.

—¿Y le parece á usted poco, siendo fundadas?

—No vamos á discutir, sino á exponer hechos. Gabriel no tiene fortuna. Hasta que el día del triunfo definitivo llegue para él, han de pasar acaso muchos años.

—Tal vez no; su mérito es grande.

—Pero más grande aún son las dificultades de la lucha. Para vencer, necesita entregarse a su Arte en cuerpo y alma, no preocupándose de que la vida tiene apremiantes exigencias, para las cuales hace falta dinero.

—Es verdad; todo eso es cierto.

—Mientras viva soltero, se defenderá regularmente; son pocas sus necesidades, y aunque sus ingresos sean mezquinos, tendrá para vivir, pero no para perfeccionar sus estudios con viajes, buenos modelos y laudables orientaciones, como necesita, para no incurrir en el adocenamiento del que tiene que pintar para comer, pensando en el gusto del marchante que ha de correr los cuadros.

—Es verdad, es verdad.

—Todos estos problemas se los daba resueltos su boda con Paulina. La dote de la novia, sin ser fabulosa, era suficiente para servirle de capital de resistencia en su conquista del porvenir; podría viajar, residir en el extranjero largas temporadas, pintar a su antojo, sin prejuicios ni cortapisas. Nada de trabajar a destajo ni de someterse al marchante con claudicaciones vergonzosas. La riqueza le haría independiente, y la independencia le daría armas para vencer. Al mismo tiempo, Paulina, enamorada de Gabriel y de sus ilusiones, y encarnando a su vez el ensueño amoroso del pintor, era la novia ideal, la pasiva colaboradora deseada por todo artista en sus añoranzas familiares, siempre dispuesta a compartir las zozobras, a rehacer el ánimo en los negros días de decaimiento, a celebrar las victorias logradas haciendo entrever al mismo tiempo la posibilidad de otras mayores...

—Tiene usted razón; Paulina es la novia ideal para Gabriel.

—Distingamos: «do era», antes de marchar él a Italia; cuando, a más de todas esas cualidades, tenía la de ser bella y saludable. ¿Cree usted posible la felicidad de un hombre cualquiera al lado de una mujer enclenque y delicada, que, más que marido, necesita un enfermero? Y menos aún, ¿cree usted posible la dicha de un hombre como Gabriel, de un artista cuyo norte es el culto a la Belleza, unido a una pobre criatura sin luz en los ojos, sin color en la piel, sin carne en los huesos? ¡No, mil veces no! La desilusión de Gabriel cuando regresó de Italia, fué enorme. Un rayo de optimismo hizo suponer que la enferma mejoraría, recuperando con la salud, la belleza. No fué así, por desgracia; lejos de ello, por instantes se la veía decaer, empeorar, perder gota a gota el escaso repuesto de vida que le quedaba.

—¡Pobre Paulina!

—En cambio, usted, exuberante y hermosa, ofreciéndose inconscientemente a las miradas de Gabriel, en absurdo contraste con su prima... ¿Tiene algo de extraño que el pintor se enamorase de usted?

—Adela escondió el rostro entre las manos. ¿Para llorar tal vez, ó acaso para ocultar un gesto de alegría?...

Rogelio prosiguió.

—Desde hace meses, cuando adquirió la certidumbre de su cariño a usted, Gabriel viene batallando reciamente entre las dos soluciones que se le ofrecen: casarse enamorado para claudicar en su arte por falta de recursos económicos, ó unirse a una mujer que casi le es repulsiva, pero que le ofrece los elementos necesarios para lograr sus artísticos afanes. Tal es la disyuntiva: ó amor ó arte. Y él, aunque está enamorado de usted, también lo está de sus ensueños de gloria; de otro modo, pese a su caballerosidad, que no lo discuto, es lo más probable que ya hubiese roto los endeblez los lazos que le unen a Paulina, y que usted, sin darse cuenta, ha contribuido poderosamente a desatar...

Adela sollozaba:

—¡Dios mío, Dios mío!... No hay solución... No hay esperanza...



Después de unos instantes de silencio, Rogelio dijo:

—Acaso haya hecho mal hablando como acabo de hacerlo... Perdóneme usted, Adela. Yo mismo ignoro por qué dije ahora lo que he callado antes... Sin duda la sugestión del ambiente me ha inducido... No sé. De todos modos, no he violado secretos ni he fabricado embustes. Hablé con verdad, y no me arrepiento. Por no ocultar nada, debo decir que me cabe una sospecha: la de que acaso inspiró mis palabras un cierto rencor hacia usted; mostrándome sabedor de su infortunio; parece que tomo venganza de usted, causante del mío... Perdón, Adela, lo repito; perdóneme.

Adela musitó, entre dos sollozos:

—Está usted perdonado...

Apartóse Rogelio, uniéndose a la turba rezadora, que ya empezaba a disolverse. Adela cayó

de bruces contra el suelo. Su cuerpo sollozante se estremecía en la sombra.

—¡Mátame, Virgen santa, si no he de ser dichosa nunca!

Ya iban retirándose los peregrinos, después de cantar las letanías. Cerca de Adela pasaron muchos, entonando aún el eterno estribillo de sus preces:

¡Ave, ave,
ave María!...

IV

Antes de dar las ocho, despertó Paulina. Contra su costumbre de tomar el desayuno en el lecho, prolongando su permanencia en el mismo hasta cerca de la una—en un alarde de pereza enfermiza, sin ánimos ni fuerzas

todo, ¡aquellas revelaciones de Rogelio, que resonaron en su oído con modulaciones apocalípticas! ¡Su amor descubierto, cuando ni siquiera se confesaba a sí misma la existencia pecadora de aquel cariño sin esperanza!

Paulina había tocado el timbre, en demanda del desayuno. Pronto acudió una doncella pulcra-mente vestida de negro, con blanca cofia de encaje y delantal de batista, conduciendo la humeante jarrita con el espumoso chocolate, a la usanza francesa. Con apetito en ella inusitado, comenzó a untar de manteca las tostadas mientras Adela concluía de lavarse.

—Pero, vamos, mujer, cuéntame: ¿has visto anoche la gruta? ¿Es muy hermosa la Virgen?

Adela no pudo reprimir un movimiento de confusión.

—Pues... ¿quieres que te diga la verdad?... ¡Ni siquiera llegué hasta la gruta!

—¡Cómo! ¿Pues qué hiciste tanto rato? Porque, entre sueños, te oí llegar, y no sería menos de media noche.

—Verás: es que hay mucho que ver... La estatua de la Virgen en la explanada, la procesión de los peregrinos cantando la letanía... Ya verás esta noche si te animas a ir...

Se detuvo un instante, indecisa.

—Además... me encontré un amigo, y estu- vimos charlando un buen rato... ¿A qué no sabes quién?

—Vete tú a saber...

—Rogelio... nuestro antiguo vecino...

—¡Ah, vamos! Tu pretendiente... ¿Y qué hace aquí?

—Está transformado: ¡si le vieras! Con su correspondiente cirio, cantando la letanía, como los demás.

—¿Qué me cuentas! El, tan volteriano, tan herejote, como le decía su madre... ¿Y a qué es debida la metamorfosis?

—No sé... El lo explica a su modo. Un fenómeno de sugestión, influencia del ambiente... Yo creo que está algo chiflado, ¿sabes?

—¡Locura de amor! Tuya es la culpa.

—¡Bah! Que tonterías dices...

—Pues me alegraré de verle. Tendremos con quien hablar. ¿Quedásteis en que hoy nos veríamos?

—No quedamos en nada... ¡Con decirte que se marchó sin darme las buenas noches!

—Ya verás: la Virgen te tocará en el corazón, y acabarás por corresponder a su cariño.

—¡Ya tenía que hacer mucho milagro para eso!

—Después de todo, no era ningún disparate. Es buena persona, y demostraba quererte. En fin... allá tú.

Salieron. La populosa calle presentaba su aspecto sonriente, con la sonrisa mercantil de una perpetua feria. Muchos de los establecimientos ostentaban pomposos cartelones anunciando el próximo parentesco de la tendera con la iniciadora del santuario: FRÈRE DE BERNADETTE. A ser cierta la aseveración de todos, prolíficos en alto

para nada—saltó al suelo y llamó a Adela, que aún dormía.

—¡Arriba, perezosa, que hay que visitar a la Virgen!

Un vigor extraño, un resurgimiento de fuerzas invadía su ser, vivificándolo. Sentíase otra. Díjese que la salud y la alegría tornaban a ella, al conjuro de la Divinidad. Vistióse apresuradamente, embromando a su prima.

—¡Pero, Adela, no seas dormilona, mujer!

Adela se restregaba los ojos, sumida aún en el sopor que la aprisionó la noche antes, a su regreso, después de las doce. ¿Fué una pesadilla cuanto había ocurrido en el recinto sagrado? ¡Aquella multitud enloquecida por el fervor religioso, subiendo y bajando las rampas al son de los cánticos piadosos! ¡Aquellos enfermos conducidos en carros, en parihuelas, en cestos! Y sobre

grado fueron los progenitores de la vidente pastorcilla. Los traficantes en chucherías piadosas, asomados á las puertas de sus locales, animaban á los transeúntes á comprar, adivinando la nacionalidad de cada uno, por su aspecto, para ofrecerle sus baratijas en el idioma de origen, dándole así facilidades para la transacción.

Una obesa bretona detuvo á las dos primas, ante su tienda, chapurrando en pésimo castellano las alabanzas de sus mercancías:

—Más bagato y mecor que nadie, señogas... Pasen aquí.

Pero ellas procuraban no detenerse: Paulina tenía deseo vehementísimo de rezar en la gruta. Luego, á la tarde, comprarían mil cosas para llevar de recuerdo.

Caminaban ligeramente. No quisieron subir al tranvía, por eludir la proximidad nada agradable de los enfermos que en él pudieran ir, y además, por disfrutar de la hermosa mañana respirando con fruición el aire salutar, impregnado de aromas campestres. De vez en vez, tropezaban con los mismos vendedores que la noche anterior importunaron á Adela:

—A la bonne vanille! A la bonne vanille!...

Y á toda costa trataban de dejar en manos de los transeúntes los mazos del aromático producto. Chicuelos desarrapados voceaban los periódicos locales:

—*La Caravanne! Le Journal de la Grotte!*

Pronto cambió el aspecto de la población, comenzando el espectáculo torturante de tanta desdicha y tanto sufrimiento. Ya en el puente sobre el Gave, vieron varios carritos y algunas angarillas, encaminándose á la gruta. En la plazuela que precede á la entrada del recinto sagrado, los enfermos formaban legión: una larga hilera de carritos y de parihuelas, entre las que mezclábase algún que otro cesto de mimbre, descendían por el paseo que recordó á Adela, horas atrás, los versos del poeta florentino: ¡Cuánta pena, cuánta desdicha! Paulina estremecíase, apretando su cuerpo contra el de Auela, á quien llevaba cogida del brazo.

—Ya ves, Adela; tan enfermos como vienen, y algunos volverán sanos á sus casas. ¿No he de tener yo esperanzas de que así me ocurra, cuando mi mal, afortunadamente, dista mucho de ser tan grave?

Adela compartía los optimismos. Y su acento era sinceramente jovial al entrever la curación de Paulina.

—Claro que sí, mujer. Lo que tú tienes, no es nada. Con que sigas una temporada con el apetito de hoy al desayunar, y duermas como la noche pasada, cuenta desaparecida tu enfermedad, que no es sino un poco de anemia y un mucho de aprensión.

—¡Ay, Adela, Dios te oiga! Y engordaré, ¿verdad?

—Desde luego que engordarás.

—Y volveré á estar guapa, ¿verdad?

—Mujer, no has dejado de estarlo.

—Sí, Adela; no me creas tan tonta que no lo comprenda. ¡Y bien que me duele, puedes creerlo! Cuando me miro al espejo y me veo tan demacrada, tan lacia, ¡tan fea!—¿por qué no decirlo?—, me entran unas ganas feroces de llorar. ¡Ya ves tú: expuesta á que Gabriel deje de quererme, y hasta me tome aversión!

Adela no pudo evitar un estremecimiento. Creyó piadoso, no obstante, negar la evidencia.

—¡Mujer, qué cosas dices!

—No, si no es que yo crea... El me quiere mucho, y me lo demuestra cumplidamente; pero ¡tengo tanto miedo de perder su cariño, que es el único norte de mi vida!...

Adela no tuvo valor para hablar: un nudo en la garganta se lo impidió. Y acaso su silencio hubiese motivado suspicacias de Paulina, si no las distrajese lo que ante sus ojos presentábase. Habían atravesado la explanada, que ahora, á la luz del sol, no ejercía en el ánimo la depresora influencia que por la noche; la Basilica y el superpuesto templo del Rosario, aparecían gráciles y bellos, limpia la doble rampa de fuegos fatuos y libre el aire de cánticos piadosos. Siguiendo un camino abierto bajo la arboleda, por el cual los demás peregrinos dirigíanse, llegaron á la entrada de las piscinas.

Un vasto paralelogramo, circundado por férrea balaustrada, servía de vestíbulo; allí, hacinados, en espera de su turno, más de un centenar de enfermos aguardaban recostados en los carritos ó tendidos en las angarillas. Algunos podían caminar por su pie: eran los que padecían lupus horribles, úlceras faciales que hacían desaparecer las facciones del paciente bajo una máscara espantosa. Abundaban los paralíticos, con los miembros anquilosados. Tres puertas—dos para las mujeres, una para los hombres—daban acceso á las salas del baño, donde varias enfermeras y enfermeros despojaban de sus ropas á los pacientes, y los volvían á vestir después de zambullirlos en el agua milagrosa. Entre dos camilleros sacaban hasta la puerta al recién bañado, colocándolo cuidadosamente en su cochecillo, y cogían al que le siguiese en turno riguroso. Aquellos hombres daban prueba de abnegación y fe incontrastables: ni un leve movimiento de repulsión al aproximarse á los seres más hediondos, ni un síntoma de cansancio á pesar de los esfuerzos realizados sin descanso... Allí estaba la pobre señora que Adela vió la víspera, teniendo sobre su regazo la niña hidrocefala, cuyas débiles pierrecillas colgaban inertes por un lado del carrito. Un triste alarde de maternal coquetería indujo á la madre infeliz á sujetar con un lacito azul las foscas greñas del monstruo... Y los ojos expresivos y asimétricos de la criatura extrahumana seguían moviéndose dentro de las órbitas, en un girar medroso...

Paulina estaba acongojada.

—Vámonos de aquí, Adela, por Dios; me pondré enferma si seguimos más rato entre tanta desdicha...

Avanzaron. Adosada á la roca, vieron una tubería horadada por grifos, donde bebían y se lavaban muchos fieles. Una mujer cancerosa, con el rostro horrendamente carcomido por el mal implacable, lavaba sus lacras, colocando sobre ellas compresas de algodón empapado en el líquido prodigioso: después, tomando un vaso de metal pendiente de una cadena, bebió con ansia varios sorbos. En pos de ella, una dama de aspecto saludable, se aproximó al grifo, y sin más que un ligero enjuague, bebió á su vez en el mismo vaso...

Paulina y Adela apartaban la vista, horrorizadas, asqueadas. Su estómago era menos fuerte que su fe. Pero ya habían llegado á la gruta.

—¡Oh, Paulina! Aquí está la Virgen...

En una pequeña oquedad de la montaña estaba la cuna del famosísimo santuario. Aquella era la celebrísima gruta de Massabielle, donde Bernadette Soubirons vió aparecer á la Inmaculada el año 1858. Paulina cayó de hinojos, orando contritamente. Menos fervorosa, á pesar suyo, Adela escrutó el sacrosanto paraje. Le pareció mezquino, en relación á lo que ella esperaba encontrar allí. Más que gruta, era hornacina. Estaba horror de la grandiosidad soñada aquel divino albergue, con la imagen de la Virgen casi al alcance de la mano, junto á la fea roca pestilente á pábilo y ennegrecida por el humo de los millares de cirios que constantemente se queman en multitud de hacheros, frente á la enorme cantidad de muletas colgadas del muro, exvotos de otros tantos paralíticos curados milagrosamente...

Bajo la Virgen, en un púlpito que tenía por dosel el firmamento, un sacerdote platicaba familiarmente con los fieles congregados en torno suyo. De vez en vez, cuando descansaba en su peroración, un acólito iniciaba el cántico, que todos los concurrentes coreaban, siguiendo el sistema de oración filarmónica, predilecto de los peregrinos de Lourdes. Muchos rezaban arrodillados y con los brazos en cruz, inmóviles largo rato, como fakires. Otros hacíanlo más cómodamente, sentados en los bancos de madera que dan frente á la gruta. Antes de abandonar el místico paraje, los fieles pasaban por debajo de la Virgen, restregándose los más de ellos contra la roca, y atravesando por entre los hacheros, salían por el lado opuesto á la imagen, no sin depositar un óbolo en el gran receptáculo de cobre destinado al efecto. Como el desfile de peregrinos no cesaba en todo el día, era un incesante tintineo de monedas de todas clases, desde el áureo luis hasta la miserable pieza de cinco céntimos. Adela observó que aún las más humildes mujerucas dejaban su limosna, que en muchos casos excedía de lo que por el aspecto del donante se pudiera esperar. Un río de oro se vaciaba sin descanso en el insaciable recipiente.

Después de orar largo rato, retiráronse, dando la obligada vuelta por debajo de la Virgen. Un peregrino que las precedía interceptó el estrecho pasadizo restregando el rostro, las manos, las

espaldas, contra la roca, con muestras de mística fruición. Paulina y Adela se mareaban con el calor y el tufo irradiados por los hacheros, donde ardía profusión de velas de todos tamaños, desde la flama delgadísima hasta el cirio pascual de diámetro enorme. Un acólito, inmune á la tempestad y á la pestilencia, recogía á paleadas, sin descanso, la cera desprendida de las luminarias, que en grandes lagrimones iba cayendo al suelo. Paulina echó un luis en el cúprico buzón de la salida. Menos rumbosa—más pobre—Adela dejó caer una moneda de dos francos.

Al pasar nuevamente por las piscinas, apartaron la mirada, rehuyendo la contemplación de más tristezas. Adela no pudo impedir, sin embargo, que sus ojos tropezaran con el cráneo monstruoso de la niña-hidrocefala, que ya salía de bañarse. Y tuvo un pensamiento de conmiseración para la pobre madre, que, con su hijita sobre el regazo, perdía sus ilusiones de ver curada milagrosamente á la deforme criatura, cuyo más risueño porvenir sólo estaba en la muerte...

V

En la explanada vieron á Rogelio, que venía hacia ellas con grandes manifestaciones de regocijo.

—¡Gracias á Dios! Temi no encontrarlas, aunque aquí no es fácil ocultarse...

Se saludaron efusivamente. Adela dudaba aún si aquel hombre correcto y afable era el mismo que la noche anterior dijo tales crudezas, sin escrúpulos ni eufemismos: ¿lo habría soñado todo, y aquella conversación memorable, entre el tráfigo dantesco de las canturias religiosas, sería mera ficción de su fantasía?

—¿Qué piensan ustedes hacer? Dispongan de mí como *cicerone*, si lo creen conveniente. Soy gran conocedor de Lourdes: ¡llevo aquí cinco días!...

—Queríamos ver la Basílica y la iglesia del Rosario—dijo Paulina—. Pero estoy algo mareada... He sufrido emociones demasiado fuertes para mí...

—Las que aquí se experimentan, son excesivas para todos. La habilidosísima organización del santuario, hace que se reciban constantemente disciplinazos espirituales que no todos pueden soportar con estoicismo... ¿Quieren ustedes seguir mi consejo? Déjenme conducirlos al Pic du Jer...

—¿Qué es eso?

—Una pintoresca montaña que domina Lourdes... Aquella. Donde está emplazada la cruz luminosa cuya contemplación tanto emociona por la noche.

Siguió Adela la dirección marcada por Rogelio. ¡Bah! El lábaro prodigioso no era sino un vulgarísimo armazón de hierro colocado sobre una montaña. ¡Oh, luz del sol, cuántos misterios disipas!

Accedieron: ¿por qué no? Rogelio era un buen amigo, y además, la santidad del paraje excluía

todo linaje de suspicacias y recelos. Rehuyendo el tranvía, con su antipático cargamento de peregrinos malolientes, tomaron un coche de alquiler al salir del recinto sagrado.

—A la gare du Funiculaire.

En pocos minutos recorrieron la pequeña distancia hasta la base del monte que la moderna industria permite escalar en quince minutos, por medio del tranvía de atrevidísimo trazado, cuyos coches, pendientes de un cable de acero, suben en línea casi vertical, contrapesándose mutuamente como cubos de pozo. Entrambas mujeres no pudieron contener un movimiento medroso ante los peligros de la ascensión en aquella forma, pero logró tranquilizarlas Rogelio, que estaba familia-



rizado con el funicular por haber subido muchas veces al Tibidabo, en Barcelona.

—Además, ¿cómo temer, estando tan cerca la Virgen? El más insignificante de sus milagros, consistiría en impedir que el cable se rompiera...

A medida que el coche se elevaba, un panorama de suprema belleza iba descubriéndose gradualmente: al pie mismo de la masa rocosa, el poblado de Lourdes, achicándose por momentos; la ancha cinta argentada del Gave, que forma en algunos parajes pequeñas cascadas espumeantes; la campiña cuidadosamente cultivada, las praderas de diversos matices verdosos; la Basílica, en fin, cuyas torres, tan altas cuando se contemplan desde su base, parecen harto mezquinas, frente a la majestad de la Naturaleza.

Desde la cumbre, la hermosura del espectáculo multiplicábase. A la izquierda de la colina en que la gruta tiene asiento, la enorme barrera de los Pirineos se extiende frente al Jer, separada del mismo por el profundo valle de Argelès, donde se desarrollan las graciosas sinuosidades del Gave; encanto de la vista. Allí están el *Pibeste*, el *Cabaliros*, el *Monné*, el *Viscos*, agudo como una saeta, el *Mont-Aigu*, el *Pic du Midi*. Más lejos, resguardando los valles de Cautelet y de Azut, surgen las grandes cimas del *Ardiden* y de *Vignema-*

le—el gigante del Pirineo, con más de tres mil metros de altura—con sus blancas caperuzas de nieve perpetua que los rayos del sol, impotentes para licuarla, se conforman con hacerla brillar como un yacimiento de piedras preciosas. Del lado opuesto, la mirada se pierde por la inmensa planicie, sembrada de lugarejos y de ciudades, entre las que se distinguen claramente Tarbes y Pau, los más preciados florones de la región bearnesa.

Respirando el aire purísimo de la cumbre, mil metros sobre el valle, Paulina se sentía renacer. Su jovialidad de antaño, soterrada por la enfermedad, mostrábase de nuevo, más ruidosa que nunca. Triscó y corrió por los vericuetos como una chiquilla, subiendo hasta el observatorio, enclavado en la mayor altura del Jer, junto a la férrea cruz que de noche tanto sobrecogió el ánimo de Adela. Las carreras y la animación colorearon el rostro de Paulina, embelleciéndolo. Así se lo hizo notar Rogelio, que la embromó:

—Ya lo verá usted... Cuando vuelva a Madrid, no la va a conocer su novio, de guapa que irá...

Y ella, sin dejar de reír, mostrando la perlina dentadura, único vestigio de su pretérita belleza:

—Falta me hace ponerme un poco más linda... Ese milagro es el que le pido a la Virgen...

Mientras Paulina jugaba, evocando sus años infantiles, Adela y Rogelio departían sesudamente, como graves papás que llevasen de paseo a su hija.

—Por la noche, no tiene precio esta montaña... Sobre todo, cuando iluminan la Basílica y la iglesia del Rosario con luces multicolores, que marcan los severos contornos de ambos templos, desde los campanarios hasta los pórticos; esto ocurre al llegar las grandes peregrinaciones; y los fieles que circulan por la explanada, con sus cirios ardiendo, parecen gusanos de luz, cuyas evoluciones fantásticas asombran al espectador... Hay que convenir en que todo está aquí dispuesto a maravilla: un portentoso escenario, digno de una farándula también portentosa...

Adela no pudo menos de mostrarse asombrada.

—Pero ¿en qué quedamos? ¿Es usted el mismo de anoche? ¿Retoña en su espíritu el insano volterianismo de siempre?

Rogelio se encogió de hombros.

—No lo sé; yo mismo lo ignoro. Confieso que por la noche me siento dominado: no es ficción, no es hipocresía; ¿para qué fingir, si a nadie he de dar cuenta de mis acciones? Ya me vió usted ayer, y volverá a verme hoy, confundido entre la turba de gritadores, que parecen seres del otro mundo. Pero brilla el sol; y el efecto se destruye. De noche, me dejo vencer por lo sobrenatural; de día, triunfa la Naturaleza, triunfo yo.

—Sin embargo, no se va usted de Lourdes; algo le atrae y le detiene, cuando en plena tarde, y, por lo tanto, en pleno triunfo, no toma el tren, huyendo de la dominación nocturna...

—No tengo el menor deseo de escapar. Siempre fui aficionado a las emociones violentas.

tas... Yo quiero tonificar mi espíritu, que bien lo necesita, y encuentro en estas emociones un eficaz reconstituyente...

Vino Paulina corriendo, con un brazado de flores silvestres, que arrojó á los pies de Adela.

—Pero ¿saben ustedes la hora que es? ¡Las doce y media! Y en el hotel se come á mediodía...

—Yo estoy asombrada, Boni—decía, royendo un muslo de pollo—. Es verdaderamente milagroso lo que me sucede; yo, que no puedo andar veinte pasos seguidos, estoy toda la mañana de pie, de un lado para otro, subiendo y bajando, sin cansarme; ¡qué bien me ha caído el agua que bebí junto á la gruta! ¡Con qué apetito es-



Conque, por mucha prisa que nos demos, ya nos habrán dejado debajo de la mesa...

Rogelio propuso la mejor solución: almorzar en el restaurant inmediato, disfrutando la admirable perspectiva, respirando el aire que hacía revivir. Paulina aplaudió la idea. ¡Magnífico! Penetraron en el cobertizo, y se hicieron preparar una mesa junto á la balaustrada, sobre la vertiente del monte, roturada un poco más allá por los rieles del funicular.

Cerca de ellos, un matrimonio español, de edad madura, departía, cambiando impresiones sobre Lourdes. Ella era una dama obesa, tragona y charlatana, que mojaba mendrugos de pan en las salsas y no cesaba de hablar, dejando que por las comisuras de los labios se le escapasen churretes de pringue.

toy almorzando! Si yo estuviese aquí una temporada, de fijo adelgazaría, sin necesidad de más tratamiento.

Boni—un caballero flaco, de luenga barba y ojos mortecinos—escuchaba y comía cachazudamente, pareciendo asentir á las aseveraciones de su cónyuge. No bien calló la dama, limpióse él los labios parsimoniosamente, y con toda prosopopeya, dijo:

—Desengáñate, Patro; lo mismo te ocurriría si pasearas por la Moncloa, bebiendo un buen traguito en el Caño gordo.

Ella se indignaba, vociferando:

—¡Habrás hereje! ¡Querrás negar la evidencia, Boni de los demonios?

Pero Boni no admitía discusiones; había recuperado su aspecto bonachón de hombre que

asiente á todo, y mondaba tranquilamente una ciruela sin indignarse por los denuestos que su esposa le dirigía.

Paulina rió de bonísima gana comentando aquel incidente y otros surgidos en el transcurso del almuerzo. Estaba transfigurada, parecía otra. Comió con voracidad: lo menos desde dos años antes no experimentaba la satisfacción de verse libre de la inapetencia que venía torturándola sañudamente. Después de comer, triscó de nuevo



por los abruptos andurriales, cada vez más satisfecha.

—¡Yo sí que estoy alegre! ¡El mío sí que es un caso prodigioso!

Pero, de repente, dejó de reír; ensimismóse, quedó cabizbaja. A las insistentes preguntas de Adela y Rogelio, dijo que sentía remordimientos por su conducta ligera: había venido á pedirle salud á la Virgen, y parecía estar en una fiesta. En vano fué que procurasen acallar sus escrúpulos, devolviendo á su conciencia la tranquilidad; después de todo, su alegría era muy lógica, viéndose aliviada. Pero ella no se daba por convencida: era ingrata con la Virgen, indigna de merecer sus mercedes; en desagravio, cuando bajasen, permanecería un buen rato en oración ante la gruta, de rodillas, con los brazos en cruz; bueno era que el cuerpo pagase con aquella penitencia la irreflexión de la cabeza loca...

No hubo modo de disuadirla. Descendieron á media tarde, poco después de las cuatro. Antes de dar las cinco, ya estaba de hinojos, á los pies de la Virgen. Rogelio se había despedido en la explanada, para dar un paseo antes de que anocheciese.

VI

Adela dejó á Paulina en oración, ofreciendo venir á recogerla una hora más tarde, y se alejó

de la gruta con pretexto de visitar la Basílica. En realidad, su propósito era incorporarse á Rogelio, para hablar con él, reanudando la conversación de la noche antes, arbitrariamente truncada. Mil preguntas, fruto del batallar de su espíritu, agolpábanse á la mente de Adela, con ansia de verse contestadas por quien únicamente podía hacerlo. ¿Cómo conocía Rogelio su secreta pasión por Gabriel? ¿Suponía éste que ella le amaba? ¿Hablaban él con alguien de su cariño hacia ella? ¿Cuáles pudieran ser sus proyectos?... Era un afán extraño de ahondar en la herida de su infortunio, toda vez que no vislumbraba esperanza; bien claramente habló Rogelio; no ya por respeto á Paulina, sino por ambición, en cierto modo disculpable, Gabriel no rompería jamás sus relaciones; ¿cómo dejar la novia rica, escalón imprescindible para realizar sus ensueños de gloria, sustituyéndola por una pobre muchacha que no podía ofrecerle sino amor? Las lágrimas acudieron á los ojos de Adela; tuvo que hacer un esfuerzo para no llorar copiosamente.

Rogelio no estaba en la explanada. ¿Dónde buscarle? Por si acaso estuviese dentro, penetró en la Basílica. Un templo sencillo y severo, con el relativo buen gusto de todas las fundaciones jesuíticas. Adela creyó encontrarlo abarrotado de exvotos, testimonios de las curaciones operadas por la intercesión de la Virgen; mas no vió nada que confirmase su idea. En cambio, las paredes aparecían revestidas con lápidas de mármol jaspeado, simétricas, uniformes, en cuyo centro, con letras doradas apenas perceptibles, leíanse en varios idiomas sencillas frases de agradecimiento á la Inmaculada. Generalmente, las inscripciones eran francesas: *Reconnaissance par une guérison. O, simplement: Merci, Marie.* Los hábiles administradores del Santuario, con acuerdo loable, habían sustituido los antiestéticos exvotos por las marmóreas losetas, que llevando al mismo fin, completaban la ornamentación del templo.

Como le había sucedido la noche anterior, en vano trató Adela de hilvanar oraciones: cansada de intentarlo, salió. ¿Dónde buscar á Rogelio? Una escalinata, inmediata á la puerta, ofreciéndose al paso. Subió por ella hasta el templo del Rosario, emplazado sobre la techumbre de la Basílica. Dudó si entrar en la iglesia superpuesta, de la cual salían cánticos piadosos. ¿Para qué? No había de rezar: estaba maldita. A nivel de la plataforma que precede al pórtico del Rosario, un camino se abría en la montaña. Fué hacia él. Un angelote de mármol, enhiesto sobre su pedestal, mostraba una cartela que decía: *In cruce, salus.* Era la entrada del Calvario.

Comenzó á subir el abrupto sendero. Enorme crucifijo de bronce y hierro parecía dar á los afligidos ejemplo de resignación y mansedumbre frente á la adversidad. Un soplo sedante de optimismo pareció orear el espíritu de Adela. El camino ascendía, sinuoso, al borde de la mon-

taña. Acodándose sobre el pretil, contempló, absorta, el panorama de suprema hermosura.

La tarde iba cayendo blandamente. Aún doraba el sol con sus rayos postreros la torre del Rosario, rozando apenas las agujas de la Basílica. Recostado sobre la montaña, enfrente de Adela, el convento del Sagrado Corazón, hermético y misterioso, mostraba sus portones claveteados y sus mudas celosías, como un ave agorera posada en los aledaños de una necrópolis. Más abajo, al nivel de la planicie que antecede á la Basílica, muy cerca de la estatua de María coronada, el Hospital de Peregrinos elevábase tétrico y sombrío, medio oculto entre la arboleda. El castillo, negruzco y medroso, dominaba el área del poblado, que se extendía compactamente por la derecha, hasta la falda del Jer, en cuya cumbre, el observatorio semejava una casita de naipes, y la enorme cruz, que poco después comenzaría á lucir, parecía formada con dos alfileres.

Grupos de peregrinos iban pululando por la explanada. Adela los veía brujulear en redor de la imagen de piedra, entrando unos en la Basílica, dirigiéndose otros hacia la gruta. Varios carritos atravesaban también, llevando á los enfermos á la oración...

Adela sintió deseos vehementes de orar. Muy próximo, el primer *paso* del Calvario se le ofrecía, con su escalinata de mármol que sólo puede subirse de hinojos, hasta el tribunal de Pilatos, magistralmente reproducido con figuras de bronce de gran talla. Poseída de unción sincera, rezó, rezó mucho en cada peldaño, olvidada del mundo, sin advertir el dolor de sus rodillas, torturadas por el contacto con la piedra.

Cuando volvió en su acuerdo, era casi de noche. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que dejó á Paulina en la gruta? No supo calcularlo: más de una hora, seguramente. ¡Ya lo creo! El reloj del Rosario marcaba las siete. Con paso rápido abandonó el Calvario, bajó la escalinata de la Basílica. Ya estaba encendida la corona de la Virgen, y la cruz del Jer abría sus brazos luminosos en la allura. Poco menos que corriendo atravesó la explanada, por debajo de un arco de la rampa, tropezando con los muchos peregrinos que seguían la misma dirección. Antes de llegar á la gruta, se deluvo: creyó oír que la llamaban... En efecto: una voz tenue pronunciaba su nombre:

—¡Adela! ¡Adela!...

Inquirió entre las sombras, que, bajo la arboleda, ya iban siendo profundas. Era Paulina, que se apoyó en su brazo fuertemente, exhausta de fuerzas. Adela se asustó.

—¿Qué tienes, Paulina?

—Estoy enferma... Sin duda me he enfriado: hay mucha humedad ahí, y como venía acalorada, el relente me ha hecho daño... Además, es muy tarde; no has venido cuando me prometiste...

—Perdona, Paulina; me distraje rezando...

—No te disculpes; la Virgen lo habrá querido.

asi... Cansada de estar de rodillas, me senté en un banco, y sin darme cuenta, me he dormido... Hace un momento me despertó una punzada horrible en el costado...

—¡Dios mío!...

—Y me sigue, me sigue; casi no me deja respirar...

—¡Dios mío!...

Poco menos que á rastras, llegaron al límite del recinto sagrado. Un coche las condujo al hotel. Paulina se acostó inmediatamente. Altísima



fiebre, acompañada de delirio, abrasó su cuerpo, ya aniquilado por la anemia.

VII

Pulmonía. El diagnóstico no ofreció lugar á dudas: la disnea, la tos con esputos sanguinolentos, la temperatura elevada... El médico no tuvo que esforzarse mucho: un caso agudo de bronco-neumonía. A preguntas de Adela, mostróse pesimista: la enfermedad, siempre temible, éralo en grado sumo tratándose de una paciente sin resistencia física, minada por la debilidad, convertida en un armazón de huesos y piel.

A toda prisa avisaron á Rogelio, que acudió solícito. Desesperada, Adela le estrechó las manos, mostrándole á Paulina, cuya respiración era un lamento lancinante.

—¡Es horrible, Rogelio! ¡Venir en busca de mejoría, y encontrarme con esto! ¿Verdad que es horrible?

Rogelio calló: en su rostro hubo un gesto trágico de conformidad ante los hechos fatales.

Adela se retorció las manos, iba de un lado á otro de la habitación, como loca, los ojos desor-



bitados, la mirada relampagueante. ¡Dios mío! ¿Habría ella pedido tal vez aquel desenlace, para quitar de en medio el estorbo de su dicha? ¡No, eso no: de ninguna manera! Siempre pidió, ante todo, la salud para la enferma. Además, ¿cómo suponer que tales peticiones suyas, caso de haber existido, hallasen eco en las alturas, á despecho de su infamia? Y, á parte de todo, ¿si la muerte de Paulina, para los efectos de su felicidad, resultaba estéril! Conocidos los móviles interesados de Gabriel, ¿de qué serviría la desaparición del obstáculo de carne, si no implicaba la solución del problema metálico? ¡Oh, vil becerro de oro, interponiéndose siempre en el camino de la dicha!

Entre la vida y la muerte, Paulina duró cuarenta y ocho horas. Adela y Rogelio rivalizaron en atenciones y cuidados para con la paciente, que casi no pudo disipar la modorra febril en todo el lapso de la enfermedad. Sin embargo, al comenzar la agonía, tuvo un momento lúcido. Por señas hizo que su prima se aproximase.

—Oye, Adela... Antes de salir de Madrid, dejé hecho testamento... Todo cuanto tengo es para ti... No te olvides de rezarme alguna vez... Di á Gabriel que es suyo mi último pensamiento...

Adela se abrazó sollozando al cuerpo de Paulina, en el cual se iniciaba el cruel desgajamiento del espíritu.

—¡No, Paulina, hermana mía, eso no debe ser! ¡Yo no lo acepto, yo lo rechazo! ¡Déjase á los pobres, que son más dignos de recibirlo! ¡Yo no lo merezco! ¡Yo no lo merezco!...

Paulina no pudo oír las palabras de Adela. Si á ella llegaron, sería en otro mundo, en el que las humanas mezquindades no tienen valor. Desmelenada, trágica, Adela se volvió hacia Rogelio, mudo espectador de la escena.

—Pero ¿ve usted, Rogelio, qué ironía más horrible? ¡Ella, que vino en busca de un milagro!...

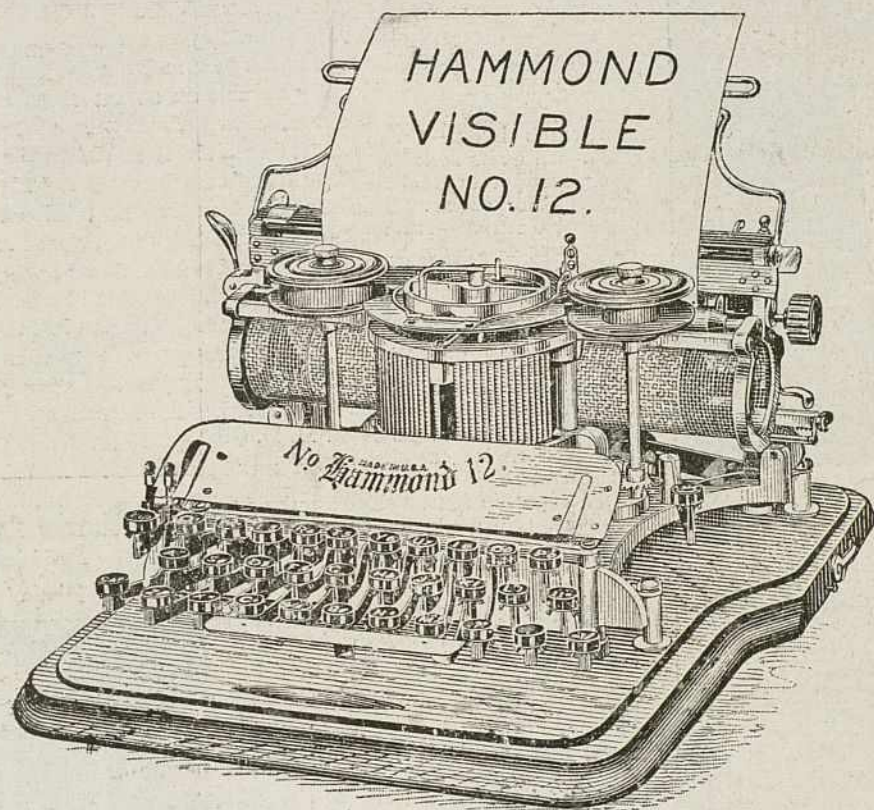
Rogelio dijo gravemente:

—Milagro hubo, y á fe que no pequeño: no el de la curación de ella, sino el de la felicidad de usted...

Paulina se arrodilló, gimiendo, á los pies de la cama mortuoria. Rogelio abrió el balcón, para purificar el viciado ambiente. En la obscuridad de la noche, flotaba un reflejo lechoso, emanado de la Basílica, iluminada á la sazón profusamente para recibir treinta millares de peregrinos italianos. Amortiguado por la distancia, hendía los aires el grito supremo de las oraciones filarmónicas:

¡Ave, ave,
ave María!...

LAS MAQUINAS DE ESCRIBIR



HAMMOND

SON LAS MÁS SÓLIDAS, DE MÁS RESISTENCIA
Y MÁS PERFECCIONADAS DE CUANTAS EXISTEN

Escritura completamente á la vista.—Cintas de dos colores.—Cambio instantáneo de carácter de letra é idioma.—Las únicas con tecla de retroceso.—Las únicas que no pueden desalinearse.—Las únicas de impresión automática

VENTAS AL CONTADO Y A PLAZOS

Agente concesionario: RAMIRO GARCIA SUAREZ
MADRID: Carrera de San Jerónimo, 30.—BARCELONA: Fernando, 49

Novedades norteamericanas y muebles para escritorio

BIBLIOTECA RENACIMIENTO



V. PRIETO y C.^ª, editores
PONTEJOS, 8.—MADRID

Esta Biblioteca publica las obras de los más ilustres y populares escritores modernos



... FELIPE TRIGO ...
**LAS EVAS
DEL PARAISO**
NOVELA



ULTIMAS

PUBLICACIONES

Ricardo León.—Casta de hidalgos. 3.50.—El amor de los amores. (Novela premiada por la Real Academia Española.) 3.50 pesetas.

Alberto Insúa.—Las neuróticas. 3.50. La mujer desconocida. (Novela.) 3.50 pesetas.

Pío Baroja.—César ó nada. (Novela.) 4 pesetas.—Las inquietudes de Sandi Andía. (Novela.) 3.50.

Joaquín Belda.—La farándula. (Novela.) 3.50.—Memoria de un suicida. 3.50 pesetas.

Ramón Pérez de Ayala.—A. M. D. G. (La vida en los colegios de jesuitas.) 3.50 pesetas.

R. López de Haro.—Entre todas las mujeres. (Novela.) 3.50 pesetas.

Vivero y Villa.—Cómo cae un trono. (La revolución en Portugal.) 3.50 pesetas.

Eduardo Marquina.—Doña María la Brava. 3.50.—En Flandes se ha puesto el sol. 3.50 pesetas.

Angelina Alcaide de Zafra.—La tontería de un «gato». (Novela.) 3.50 pesetas.

Condesa de Pardo Bazán.—Dulce dueño. (Novela.) 3.50 pesetas.

Felipe Trigo.—Las Evas del Paraíso. 3.50.—Las posadas del amor. (Novelas.) 3.50 pesetas.

José Francés.—La guarida. (Novela.) 3.50 pesetas.

S. y J. Alvarez Quintero.—La rima eterna. 3 pesetas.—La flor de la vida. 3 pesetas.—Comedias escogidas, (Tomo I.) Los galeotes.—El patio.—Las flores. 3.50 pesetas.

Miguel de Unamuno.—Mi religión. 3.50.—Por tierras de Portugal y España. 3.50 pesetas.

José María Salaverría.—Las sombras de Loyola. 2 pesetas.

Juan R. Jiménez.—Pastorales. (Poesías.) 3.50 pesetas.

Manuel Machado.—Apolo. (Poesías.) 3.50 pesetas.

R. Sánchez Díaz.—Jesús en la fábrica. (Novela.) 3.50 pesetas.

Andrés González Blanco.—Matilde Rev. (Novela.) 3.50 pesetas.

G. Martínez Sierra.—Canción de cuna. 3.50 pesetas.

Eduardo Zamacois.—El otro. 3.50 pesetas.

Francisco Villaespesa.—Bajo la lluvia. 3.50 pesetas.

Jacinto Benavente.—Obras escogidas. 3.50 pesetas.

Don Pío.—El libro de «Gallito». 3.50 pesetas.

MIGUEL DE UNAMUNO.
MI RELIGION
Y OTROS ENSAYOS BREVES



BIBLIOTECA RENACIMIENTO.
V. PRIETO Y CA
EDITORES
MADRID

Ricardo León
Casta de hidalgos
Novela



Doña MARÍA LA BRAVA

E. MARQUINA



ADVERTENCIA.—D. Juan J. Sansano, Director Corrente de este semanario, ha cesado en su cargo, y por consiguiente toda la correspondencia administrativa deberá dirigirse al Administrador de EL CUENTO SEMANAL, Fuencarral, 90, Apartado, núm. 409.

PEDID SIEMPRE ESTA MARCA

Se emplea con éxito
seguro en el reuma-
tismo articular agudo
y crónico y en la gota.

Es el mejor polvo
dentífrico y el más
económico



Sustituye en bondad
y es más económico
que todas las aguas
minerales usadas
para las enfermeda-
des del estómago

Cajas de pastillas
comprimadas de bi-
carbonato de sosa á
0,50 la caja

Latas que resultan más económicas, á 5 pesetas
CAJAS A 0,50 Y UNA PESETA

REMEDIO DIVINO

ANTIRREUMATICO infalible en todas las manifes-
taciones de tan general y molesta enfermedad. Su
éxito es seguro; á la primera fricción atenúa el dolor
por intenso que sea, y con muy pocas más desapare-
ce. Su uso es fácil, cómodo y de positivo resultado

Pesetas, CINCO el frasco

PASTILLAS CRESPO de Mentol y Cocaina

Su preparación esmerada y exacta dosificación las
credita desde hace más de 15 años como el mejor
medicamento para la garganta, el más agradable de
tomar y el mayor calmante DE LA TOS. No contienen
opio ni sus compuestos; no ensucian el estómago y
evitan la inflamación de las mucosas.

Pesetas, 1'50 la caja

Por mayor: PEREZ MARTIN VELASCO Y C.º

MADRID, Calle de Alcalá, 7, MADRID

Antinervioso HOWARD

Tónico incomparable, de eficacia indiscutible (proba-
da durante muchos años) para corregir las alteracio-
nes del sistema nervioso. Su preparación en píldoras
facilita el uso y no hay NEURASTENIA que se resis-
ta á su poder. Rechácese toda caja que no sea la
hata y carezca del nombre de sus propietarios

Pérez Martín Velasco y Comp.º

LEASE BIEN EL PROSPECTO

¿TENEIS CALLOS?

¿Por qué estabas ayer quieto
Y por qué estás hoy bailando?
¡Es porque me estoy curando
Con el CALLICIDA CUETO!

Frasco con pincel, 0,75 céntimos

VILLEGAS: Plaza del Angel, 16

y en todas las buenas farmacias

NUESTRO NUMERO PRÓXIMO PUBLICARÁ

LA PRIMAVERA Y LA POLÍTICA

por EMILIANO RAMÍREZ ANGEL

Ayuntamiento de Madrid

Vino de Peptona de Ortega

Para **convalecientes** y **personas débiles**; es el mejor tónico y nutritivo. Inapetencia, malas digestiones, anemia, tisis, raquitismo, etc. Los **anémicos** deben emplear el vino ferruginoso, que tiene las propiedades del anterior, más la reconstituyente del hierro

ORTEGA

Laboratorio-Fábrica:
Puente de Vallecas



Primera y única fabricación en grande escala de las Peptonas y sus preparados por medio del vapor y con todos los aparatos más modernos



Premiado con Medalla de oro en el IX Congreso Internacional de Higiene y Demografía y en la Exposición Universal de Bruselas de 1910

MADRID

Farmacia:
Calle del León, 13

Ayuntamiento de Madrid



IMPRENTA ARTÍSTICA ESPAÑOLA
SAN ROQUE, NÚMERO 7.-MADRID